



CAPITULO XXXVI

LA REVOLUCION DE JULIO DE 1830 Y SUS CONSECUENCIAS INMEDIATAS

El duque de Orleans.—Su juventud y su educación.—Sus veleidades en presentarse como pretendiente durante su destierro.—Actitud del duque durante la primera Restauración y durante los Cien días.—Su actitud durante la segunda Restauración.—Vida privada del duque.—Sus relaciones con los partidos de oposición.—Juicios sobre el duque de Orleans.—Carlos X.—El príncipe de Polignac.—Veleidades en la política extranjera.—Argelia.—Actividad e inacción de los ministros en el interior.—Legislatura de 1830: Discurso del trono.—Mensaje de la Cámara de diputados.—Consecuencias del mensaje.—Armamentos contra Argelia.—Disolución de la Cámara: Cambios ministeriales.—Reelección de los doscientos veintiuno.—Toma de Argel.—Las ordenanzas.—Los ministros intentan justificarlas.—Los preparativos.—La gran semana de Julio.—Lunes, 26 de Julio: Publicación de las ordenanzas.—Los periodistas.—Martes, 27 de Julio: Conflictos entre el pueblo y la policía.—Primer empleo de la fuerza militar.—Miércoles, 28 de Julio: Preparativos hechos por entrambas partes.—Los diputados.—Operaciones militares.—Naturaleza de la lucha.—Impresiones producidas en los dos campos.—Jueves, 29 de Julio: Decisión inesperada.—Devastaciones en los palacios reales y en el arzobispado.—Gobierno provisional.—La Corte.—Viernes, 30 de Julio: El duque de Orleans.—Republicanos y orleanistas.—Los pares.—Los diputados.—Las Casas Consistoriales.—En la Corte.—Sábado, 31 de Julio: El duque de Orleans.—Investidura del duque en las Casas Consistoriales.

EN el momento solemne en que van á hundirse para siempre los borbones en Francia y va á aparecer una nueva dinastía, conviene recordar quién era su jefe, quién era el hombre que á los cincuenta y siete años servía de bandera á la Revolución y pretendía fundar sobre sus viejos hombros una dinastía destinada á gobernar un pueblo joven y ardiente por la libertad y la democracia.

Luis Felipe de Orleans había nacido en 6 de Octubre de 1773, hijo de aquel duque de Orleans, de aquel Felipe Igualdad que votó la muerte de Luis XVI y se hizo guillotinar por la Revolución, siguió los altos y bajos de la fortuna de su padre.

Entregado á la señora de Genlis para que cuidase

de su educación, se ha dicho y repetido desde sus mismos días que la obra mejor de la señora de Genlis fué Luis Felipe, en quien dicha señora desarrolló unas cualidades nativas excelentes, pues desde sus primeros días no solo demostró Luis Felipe que no poseía ni el instinto ni el gusto del mal, como los de su raza, sino que todo lo bueno, humano, dulce y caritativo, habían de encontrar en él una alma dispuesta á sentirlo: era, en suma, lo que se llama un hombre bueno, lo cual le dispuso tanto como las fuertes lecciones que el tiempo de su juventud le dió para no envanecerse en la buena fortuna ni para rendirse en la desgracia; era, para el dolor, un estóico, para la dicha un hombre reservado.

Su instrucción era muy vasta, aunque poco pro-

funda. Era en esto lo que se puede llamar un hombre ilustrado. Conocía mucho la lingüística, y bastante también la ciencia y el arte. En punto á la ciencia política, su misma profesora le inició en las ideas liberales hasta el punto de que Luís Felipe pudo asistir por impulso propio de su corazón, á la toma de la Bastilla, y sin consultar á nadie, no obediendo más que á su voz interior, pudo igualmente prestar el juramento cívico en su distrito. Las sesiones de la Asamblea nacional, á las que asistía con mucho celo, contribuían á formar su espíritu para la libertad. Tampoco dejó de frecuentar el club de los jacobinos, al cual asistía también su profesora, á la que acabó por amar más como mujer que como maestra.

Hase querido averiguar por el diario de su vida de este tiempo, si su liberalismo era falso, si no se disponía ya desde aquellos días á representar el papel de pretendiente liberal, y los pareceres son encontrados. Lo que si se puede asegurar es que en aquel diario, que Clarke, que había estado al servicio del duque, entregó á Bonaparte, primer Cónsul, y que éste hizo publicar en 1800; se ve ya al hombre frío, desilusionado, al hombre incapaz de ningún grande impulso.

Ya hemos contado como, habiéndose portado como un bravo en la batalla de Jemmapes, se pasó al enemigo con Dumouriez, convencido, como se lo escribía á su padre, á quien había aconsejado que emigrase inútilmente, que las cosas que hasta entonces eran de color de rosa, se habían puesto y se iban volviendo cada vez más negras.

En la emigración, en Suiza, al revés de los borbones que arrastraban sus pretensiones por todas las Cortes, él se sometió, si no gustoso, resignado á la situación que la suerte le había creado y con el nombre de Chabaud-Latour desempeñó modestísimas funciones en el colegio de Reichenau, mientras su hermana Adelaida, gracias al protector de la familia, entraba en el convento de Bremgarten,—1793.

Luís Felipe se despidió del director del colegio de Reichenau al saber la caída de Robespierre. Voló entonces al lado de Dumouriez, quien, desde los días de Jemmapes, había pensado ya en hacer de él la clave de una nueva dinastía, y Dumouriez se puso á trabajar ahora con él para realizar un plan que entonces él mismo había desdeñado, pero con aquella prudencia cautelosa y recelosa que siempre demostró en todos los actos de su vida y que tanto ha contribuido á su mala fama. En efecto, en tanto Dumouriez iniciaba los trabajos, él se marchaba á dar-

se una vuelta por la Escandinavia, para demostrar que sus amigos eran los que le comprometían si la cosa salía mal, pues que él, ausente, no sabía nada de lo que pasaba.

Dumouriez abrió, desde luego, negociaciones con Charette á dicho fin, pero el cabecilla vendeano contestó con todas sus letras, que el hijo del ciudadano Igualdad se fuera á hacer...

La señora de Genlis, si bien no usó de los malos modos de Charette, no por esto fué menos cruel con el pretendiente, pues dijo en una carta que se hizo publicar, que Luís Felipe, hombre bueno, honesto y virtuoso, era hombre que había nacido para gozar de todas las delicias de la vida privada, pero no para tomar las riendas de la dirección de un gran pueblo.

Como en esto el Directorio, mediante el levantamiento del secuestro de los bienes de la duquesa de Orleans, obtuvo de los hermanos menores de Luís Felipe, los duques de Montpensier y de Beanjolaís, la promesa de marchar á América, Luís Felipe se unió á sus hermanos, y en 7 de Enero de 1797 todos tres se encontraban en Filadelfia.

Mientras subsistió el Directorio, los tres hermanos, cumpliendo la palabra empeñada, no se movieron de Filadelfia; pero tan pronto se enteraron del cambio de gobierno, se apresuraron á hacerse á la vela para Europa, á donde llegaron á primeros de Enero del año 1800. Pero ahora no regresaba Luís Felipe para pretender el trono de los borbones, sino para reconciliarse con éstos; reconciliación preparada desde el año anterior por su madre y por Dumouriez, quien, desde estos mismos días, le recomendó que no perdiera ocasión para hacer hablar de él.

Retirado en Inglaterra, vivía Luís Felipe en el barrio aristocrático de Londres, extramuros de esta ciudad en Twickenham, en donde permaneció hasta tanto que no se despejó la situación política; así, tan pronto pareció que Napoleón le iba á solidar poniéndose la corona imperial á la cabeza, Luís Felipe, con arreglo al programa de Dumouriez, aparecía delante de Napoleón en todas partes; de modo que, cuando más descorazonados se sentían los borbones, tanto más activos y emprendedores se presentaban los orleanes. Recuérdese lo que hemos dicho de su presencia en Italia y de las pretensiones de Luís Felipe de aprovechar el levantamiento de España para sublevar el Mediodía de Francia.

De todos los proyectos que para este tiempo acarició, solo uno llegó á realizarse, y fué su matrimonio con la hija del rey de Nápoles, con María

Amelia,—25 de Noviembre de 1809,—en quien encontró una esposa cándida, honesta y virtuosa, contra quien la misma calumnia enmudeció así durante su vida por entera consagrada á su marido, como durante su muerte.

Luís Felipe no trabajaba ahora por cuenta de sus parientes, sino por la suya propia, y esto lo ha revelado una famosa carta de María Amelia, en la que decía á su marido que todo el mundo esperaba ver en el hijo que llevaba en sus entrañas al heredero del trono de Francia; y esto prueba que el natural malicioso de los borbones, les sirvió ahora para no dejar que el duque de Orleans fuera á desempeñar en Cataluña el papel que se había propuesto representar y que había de valerle la regencia de España. Su mala fortuna de estos días le sirvió más tarde grandemente, pues cuando se acusaba á los borbones de haber tomado las armas contra Francia, no había quien no pusiera muy alto el patriotismo de los orleanes á quienes no se había visto jamás en las filas de los enemigos de Francia. Cuando de esta ventaja se apercibió Luís Felipe, dejó de solicitar de todos lados medios para combatir á Napoleón, cuyo colosal imperio se iba desmoronando encerrándose en la más grave reserva; reserva que le recomendaba su misma posición en el seno de la familia real, pues mientras no tuviera hijos el duque de Berry, no había otro heredero al trono restaurado de los borbones más que él.

Sin embargo, tan pronto vió á los borbones hacerse impopulares, dió su nombre y su bandera á los que capitaneados por Drouet d'Esnon iban á dar el grito de vivan los orleanes, lo que impidió Bonaparte fugándose de la isla de Elba. Nombrado general en jefe del ejército del Norte Luís Felipe, al ver en Gante al rey, se apresuró á dimitir su autoridad, como ya hemos contado, retirándose á Inglaterra en vez de irse á juntar con su soberano.

Desde Twickenham y durante los Cien días, procuró Luís Felipe llamar la atención de las potencias sobre la necesidad y conveniencia de dejar á un lado los borbones, que tan malos resultados habían dado, pero las potencias no creían dentro del rigor de sus principios legitimistas poder imponer á Francia una dinastía revolucionaria. Desahuciado, procuró ganar las simpatías del pueblo desde la Cámara, pero Luís XVIII se apresuró á enviarlo á Inglaterra, de donde no regresó hasta 1817 para encerrarse dentro de la reserva más absoluta, de la que no salió hasta ocurrir el asesinato del duque de Berry y saber que su esposa había quedado en cinta, contra la que no titubeó en esgrimir él ó sus amigos, las más

asquerosas calumnias. Mas como quiera que el nacimiento del duque de Berry asegurara la corona de Francia en las sienes de los borbones, y que éstos parecieran en 1820 más firmes que nunca, Luís Felipe se resignó á pesar suyo á desempeñar el papel de pretendiente, entregándose por completo á sus asuntos domésticos, de los que no pudieron arrancarle los sucesos de España, que tantas esperanzas hicieron concebir á sus amigos.

Los asuntos domésticos los trataba el duque con tanta perseverancia como los públicos. Avaro como todos los orleanes, cuando se le devolvió lo que le quedaba del patrimonio paterno, que no valía más allá de doce millones, sobre los cuales pesaban treinta millones de deudas; el duque lejos de renunciar á herencia tan gravosa, la recibió bajo beneficio de inventario, y por medio de grandes economías, á las que unió las que hacía en el patrimonio materno,—su madre falleció en 1821,—se encontró que en 1830 tenía casi limpio de deudas su patrimonio paterno.

Pero no hay colores con que pintar el cuadro que representa la lucha para apoderarse del patrimonio del pobre y viejo duque de Borbón, á quien con los medios más indignos, se obligó á hacer testamento y legar su fortuna al hijo de Luís Felipe, al duque de Aumale, á quien había llevado el viejo duque á las fuentes bautismales.

Esta avaricia orleanista, Carlos X la fomentó cuanto pudo, porque le parecía que Luís Felipe, mientras no pensaba más que en atesorar, no se ocupaba de política, de modo que nunca existieron en apariencia más buenas relaciones entre borbones y orleanes que en tiempo de Carlos X. Pero no por esto Luís Felipe se descuidaba. Prevaliéndose de las buenas dotes de sus hijos, los mandó á todos á estudiar al colegio de Enrique IV con los hijos de los grandes de la burguesía, y esta educación democrática dada á los hijos de una alteza, cuya dignidad le devolvió Carlos X, lo que nunca había querido hacer Luís XVIII, más desconfiado que su hermano, servía para que Courier popularizase en Francia á los orleanes.

Por avaro que fuera Luís Felipe, por más que hubiera molestado á centenares de personas con su papel sellado para hacer dinero y aumentar su fortuna, sabía cuando llegaba el caso gastar para hacerse amigos. Todos cuantos tenían necesidad de su fortuna, acudían á él seguros de que no les había de faltar su apoyo; si por decoro no daban el primer paso, el duque de Orleans sabía salir á su encuentro y á cuantos la corte desdeñaba por sus ideas libera-

les, sabía Luís Felipe hacérselos suyos, comprando sus obras: de esta manera alistó en su bandera á Delavigne y á Ary Scheffer.

En su corte de Neuilly, en donde brillaban los Talleyrand, los Guizot, Sebastiani, Dupin y muchos otros, dominaba el banquero Laffitte, quien desde el día que conoció á Luís Felipe, y fué en 1814 en momentos graves para el duque, cuando le presentó letras con un veinte por ciento de descuento y que Laffitte descontó á la par, se constituyó en su más grande propagandista, en cuya obra no le adelantó el mismo Cauchois-Lemaire que se hizo castigar severamente por los tribunales, por haber escrito



Toma de Argel

rios son los juicios que á los historiadores ha merecido Luís Felipe, juicios que no discrepan de los que mereció en vida suya á los que le trataron lo mismo antes de ser rey, que cuando lo fué, y que cuando dejó de serlo. Hombre leal para unos, hombre disimulado y traidor para otros; generoso para los que recibiera, avaro para los que le observaron que daba con cuenta y razón; liberal por conveniencia, autoritario por temperamento, poco escrupuloso para alcanzar sus fines; todo esto parecía á los que sabían cuan de barato había dado los principios liberales cuando podían ocasionarle perjuicio, á los que sabían con que empeño trataba á sus subordinados, á los que sabían el ningún escrúpulo con que había obrado para apoderarse de la fortuna del duque de Borbón y para deshonorar á la duquesa de Berry, llegando á preguntar al mariscal Suchet cuando presentó á la corte al que habíamos de conocer como Enrique V sin corona, si en efecto creía que aquel niño era real y verdaderamente hijo de la duquesa. De todos esos juicios contradictorios

que en la monarquía francesa podía Luís Felipe esperar llenar el puesto que Lafayette llenaría con honra en una república.

Lafayette á pesar de pasar, por muchos, como jefe del partido orleanista, no visitaba al duque ni tenía con él relaciones de ninguna clase. Sólo una vez se habían visto y hablado, y aun cuando no resultaron antipáticos uno á otro, el carácter reservado y frío de Luís Felipe alejó al general de su compañía. Por lo demás Lafayette era un amigo demasiado comprometedor y pasaba en la corte como un republicano.

Compréndese por todo lo dicho, cuan contradicto-

lo que resulta es que Luís Felipe, si no era hombre de grandes cualidades, de grandes pasiones, de grandes virtudes, era un término medio entre el bien y el mal, y así, en efecto, resulta su gobierno, como veremos, en el quinto tomo de esta obra.

Formaba con el carácter del duque de Orleans y con su instrucción y educación, un contraste saliente Carlos X.

Nada tan cierto como lo que éste decía sobre no haber en Francia más que dos hombres que no hubiesen variado en sus opiniones: él y Lafayette. Pero esto que hacía honor á Lafayette, no hacía honor al rey. Porque Lafayette se había adelantado á su época en 1789, mientras el rey persistía en no querer ser el hombre de su tiempo. No lo fué en 1789, no lo fué en 1829 al llamar á Polignac.

Todo en él revelaba al antiguo mundano, al conde de Artois, galante, calavera, ligero. Su aire, sus modales, su modo de andar, su educación reducida á saber cuanto un caballero debe saber en materia de equitación y caza, su ingenio mundano,

procaz, todo contribuía á presentar disfrazado con el traje del siglo XIX al hombre de la época de las pelucas, del pantalón corto y del zapato con hebillas. Era, pues, imposible que se estableciera entre Carlos X y el país una corriente simpática, y su popularidad de algunos días ya hemos visto á qué circunstancias excepcionales fué debida. Ahora, por lo dicho, se comprenderá por qué razón no pudo guardar su popularidad, pues hombre del antiguo régimen, sentía por el nuevo un invencible repugnancia, así se daba que él tan caballero, tan noble, tan amable en el trato familiar fuera un mentiroso y el hombre más disimulado en

política, y él que hubiera sacrificado su corona á su palabra empeñada aunque no fuera más que á uno de sus ayudas de cámara, no se hacía escrúpulo en faltar á ella ni con sus ministros, ni con la representación nacional. Carlos X, pues, pudo al caer la nieve sobre su cabeza, convertirse en un hombre serio y severo en sus costumbres, pero como rey continuó siendo lo que fué en vida el conde de Artois, un canalla.

La simple comparación de estas cualidades del rey con las de Luís Felipe, valían para éste más que cien conspiraciones, y hé aquí como esa conspiración silenciosa fué allanando á Luís Felipe el cami-



THIERS

no del trono hasta el punto de poder decir que le había impuesto la corona la voluntad nacional.

Carlos X, para hacerse olvidar y durar, hubiera debido entregarse confiado á Martignac, no regatear las concesiones liberales que hubieran afirmado el partido y la monarquía constitucional, no haciendo de este partido y de esta forma política un algo incompatible con su significación, hasta el punto de dejar que los orleanes representaran la monarquía liberal; pero en vez de Martignac fué á Polignac á quien confió Carlos X, la conservación de su trono.

Polignac era hijo de aquella duquesa de su nombre, de la que tanto se murmuró, tal vez, por su sola íntima amistad con María Antonieta, de modo que, con su título y su sangre, había heredado su inmoralidad. Emigró con su madre de los primeros, y habiendo intimado en Inglaterra con el conde de Artois,—1800,—se metió por servirle en la conspiración de Pichegru que le valió diez años de cárcel,—1804,—cuando no tenía más que veinticuatro años, aislado del mundo en un torreón de Vincennes,

sin consuelo de nadie, incapaz por su educación é instrucción de buscar un alivio para su alma, y para su inteligencia en el estudio, se entregó á las prácticas religiosas de tal manera, que cuando recobró su libertad al caer Napoleon, se presentó á todos como un iluminado.

Una vez en el mundo, como su inteligencia natural no era escasa, no tardó en comprender que si quería ocupar un puesto en la política, le era necesario moderar sus ímpetus reaccionarios y su pasión religiosa, de lo que se convenció más, al ver como Luís XVIII dejaba de lado á su protector, al conde de Artois, que representaba fielmente sus opiniones. Pero por mucho que se convenciera de la necesidad de este cambio, esto se fué realizando lentamente, y por consiguiente el reaccionario duque era un grande estorbo á los gobiernos que querían hacer una política más liberal, por cuya razón trataron de sacarle de París y de la Cámara de los pares, enviándole á la embajada de Londres, en donde se liberalizó un tanto, en donde adquirió un cierto conocimiento de